



LA IGLESIA EN LA EUROPA MODERNA Y CONTEMPORANEA

El absolutismo del s. XVII tuvo su continuación en el despotismo ilustrado del XVIII. En el terreno eclesiástico, éste supuso en los Estados católicos una política regalista y antirromana, con sus matices propios en cada Reino: galicanismo en Francia, josefinismo en Austria, febronianismo en Alemania, regalismo borbónico en España, etc. La Compañía de Jesús, expulsada de varios países, fue disuelta por el Papa Clemente XIV (1773). Simultáneamente se multiplicaban los síntomas de la que se ha llamado «crisis de la conciencia europea», que desde principios del s. XVIII se tradujo en un poderoso avance de las corrientes ideológicas antirreligiosas. Estas tendencias cristalizadas en el llamado «espíritu filosófico», fueron de signo especialmente anticatólico. Francia fue el principal foco, Voltaire su representante más cualificado y la Enciclopedia el eficaz instrumento de difusión. La alta nobleza y la burguesía fueron las clases sociales más afectadas por el nuevo espíritu. Este espíritu unido a otros factores ideológicos, políticos y económicos, contribuyó decisivamente al estallido de la crisis revolucionaria que determinó el ocaso del Antiguo Régimen en Europa.

La Revolución Francesa (1789) repercutió profundamente sobre la vida de la Iglesia en Francia. La Constitución civil del clero (1790) dividió a éste en dos clases de sacerdotes, juramentados y no juramentados. Más tarde, la persecución sangrienta hizo emigrar a numerosos obispos y sacerdotes. La Revolución en sus años álgidos trató de

descristianizar el país, y en sus victoriosas campañas militares extendió su política más allá de las antiguas fronteras. La ocupación de Roma, la proclamación de la República romana y la muerte en cautiverio del papa Pío VI (1799), son otros tantos hechos que ponen de manifiesto la actitud revolucionaria frente a la Santa Sede. Napoleón, una vez alcanzado el poder, consideró indispensable la pacificación religiosa. La Santa Sede y Francia llegaron a un acuerdo, el Concordato de 1801, que, pese a la adición unilateral de los Artículos Orgánicos, significó la restauración de la Iglesia católica en Francia. Pío VII coronó emperador a Napoleón (1804); pero más tarde sus relaciones se hicieron difíciles. Roma fue nuevamente ocupada por los franceses, se abolieron los Estados Pontificios y el Papa vivió en cautividad desde 1809 hasta la caída del Imperio napoleónico.

La Restauración trató de volver a establecer en Europa el sistema institucional, político y religioso anterior a la Revolución francesa. La Santa Alianza fue pactada por los monarcas europeos para hacer frente a cualquier amenaza revolucionaria. La Iglesia católica había sufrido duramente en la pasada crisis, mientras que los regímenes surgidos de la Contrarrevolución tendían a favorecerla, al restaurar el antiguo orden de cosas y al vincular íntimamente el Estado y la Religión. Ésta fue la razón por la cual la Iglesia apareció en la Europa posnapoleónica como la aliada de las monarquías contrarrevolucionarias, y el sentido que tuvo en Francia la llamada «alianza del Trono y el Altar». Pero la Restauración fue un fenómeno histórico pasajero. El s. XIX iba a ser cada vez más, a partir de 1830, el siglo del liberalismo, con importantes consecuencias para la vida de la Iglesia.

El contenido ideológico del liberalismo propugnaba un sistema político constitucional y defendía en Europa el principio de las nacionalidades. Existió un catolicismo liberal, que trató de desligar a la Iglesia de sus implicaciones con los Estados confesionales, pidiendo tan sólo para ella un estatuto de plena libertad. En varios países, los católicos liberales lucharon con éxito en pro de la libertad de enseñanza frente al monopolio estatal. Mas, en su conjunto, el liberalismo se mostró hostil hacia la Iglesia y fue condenado en el terreno doctrinal por el Papa Gregorio XVI en la Encíclica “*Mirari vos*” (1832). En los países católicos, como Francia, España y Portugal, el triunfo del sistema liberal fue acompañado de medidas políticas contra la Iglesia, como la desamortización de bienes eclesiásticos, supresión de monasterios, prohibición de órdenes religiosas, etc. El liberalismo alentó, en cambio, movimientos emancipadores de pueblos católicos como los de Bélgica, Polonia e Irlanda. Y una inspiración liberal tuvo también la emancipación de los católicos en Inglaterra, a la que siguió el restablecimiento de la Jerarquía y el ulterior desarrollo del Movimiento de Oxford.

El pontificado de Pío IX (1846-78; v.) constituye toda una época de la historia de la Iglesia. En el aspecto político, la lucha por la unidad italiana significaba la desaparición de los Estados Pontificios, existentes desde hacía más de mil años y que muchos estimaban necesarios para la independencia de la Santa Sede. Pío IX sufrió el progresivo despojo de los Estados de la Iglesia, hasta su total desaparición en 1870, cuando Roma se convirtió en capital de Italia y el Papa se recluyó en el Vaticano, negándose a aceptar la Ley de Garantías que el nuevo Estado le ofrecía. Desde el punto de vista religioso, la Encíclica “*Quanta cura*” y el “*Syllabus*” condenaron los «errores modernos» y alcanzaron gran resonancia. El Concilio Vaticano I, que no pudo

terminarse por las circunstancias políticas, proclamó el dogma de la infalibilidad pontificia. La autoridad del Papa así reforzada reflejaba un fenómeno nuevo en la vida de la Iglesia: el avance del ultramontanismo, de la adhesión de los católicos de todos los países a Roma y a la persona del Papa. El progreso de la centralización eclesiástica respondía al hecho real de que un sentimiento cordial unía en torno a Pío IX a los fieles del mundo entero.

León XIII (1878-1903; v.) consiguió a poco de iniciar su Pontificado que, en el Imperio alemán, Bismarck pusiese fin al Kulturkampf contra la Iglesia y los católicos. El Papa, atento a las nuevas realidades de los tiempos y, especialmente, al desarrollo de la clase obrera, publicó en 1891 la Encíclica "Rerum novarum", fundamento de la Doctrina social cristiana, que impulsó el catolicismo social. Promovió también la participación de los cristianos en la vida pública y, en Francia, por medio del llamado Ralliement, la colaboración de los católicos con la República. El Pontificado alcanzó con León XIII un considerable prestigio en el mundo. S. Pío X (1903-14) procuró, por encima de todo, la renovación espiritual de la Iglesia. La grave crisis del Modernismo fue atajada por la Encíclica "Pascendi" (1907). En Francia, el radicalismo anticatólico provocó la ruptura del Concordato y la separación de la Iglesia y el Estado. Pío X murió al comenzar la guerra europea (1914), que alteró la faz política del continente y presencié el estallido de la Revolución rusa y la instauración del primer estado comunista del mundo. La guerra y sus consecuencias absorbieron las mejores energías del Papa Benedicto XV (1914-22), en cuyo Pontificado se promulgó el Código de Derecho Canónico.

La época de entreguerras corresponde prácticamente al Pontificado de Pío XI (1922-39). El tratado de Versalles había transformado el mapa político de Europa, haciendo surgir buen número de nuevos Estados. La Santa Sede desplegó intensa actividad diplomática, negociando concordatos para acomodar las realidades eclesiásticas a la nueva situación europea. En el aspecto político tuvieron la máxima importancia los Pactos Lateranenses (1929), que pusieron término a la llamada cuestión romana, mediante la creación del Estado de la Ciudad del Vaticano y la firma de un concordato con Italia. El auge de los totalitarismos en la década de los años 30, tuvo su clara respuesta en Pío XI. El Papa denunció la doctrina del nacionalsocialismo alemán y condenó el comunismo ateo en la Encíclica "Divini Redemptoris", publicada en 1937, cuando la Iglesia sufría una sangrienta persecución en España. Pío XI fue el Papa de la Acción Católica, que concibió como el instrumento de participación de los seglares en el apostolado jerárquico, para lograr la presencia de la Iglesia en el mundo. Durante el pontificado de Pío XI, en 1928, nació el Opus Dei, fundado por Josemaría Escrivá de Balaguer, que hoy, extendido por el mundo entero, constituye un «testimonio excepcional de la perenne juventud de la Iglesia de Cristo» (Pablo VI)

Pío XII (1939-58) inició su pontificado en vísperas de la II Guerra mundial. Durante seis años, Europa fue escenario de una tragedia mucho mayor todavía que la guerra de 1914-18. El final del conflicto tuvo graves consecuencias para la Iglesia: en el reparto de Europa entre los vencedores, la mitad del continente y muchos millones de católicos quedaron en el área de influencia de la URSS. La Iglesia en los países del Este se halla, desde entonces, bajo el dominio de regímenes comunistas doctrinalmente ateos, y está sufriendo épocas de persecución abierta o larvada, que no ha logrado, sin

embargo, arrancar a estos pueblos su fe cristiana. En otro terreno, fue notable la internacionalización del Colegio cardenalicio y de la Curia Romana llevada a cabo por Pío XII. La más reciente vida de la Iglesia bajo los papas Juan XXIII y Pablo VI está dominada por un acontecimiento trascendental: el Concilio Vaticano II y sus consecuencias, que constituirán un importante capítulo de la Historia de la Iglesia, pero que todavía, más que al pasado, pertenecen a la presente hora del mundo.